

Por otra parte, los juicios no son siempre positivos, algo que supone una garantía de las críticas positivas. En cuanto a las valoraciones negativas siempre se hacen con prudencia. En cualquier obra de historia de la literatura encontramos valoraciones y juicios personales del estudioso que la escribe. Una crítica absolutamente objetiva no es posible en literatura porque en el arte pesa enormemente lo subjetivo. Por eso mismo el autor no debe olvidar que los gustos del lector pueden no coincidir con los del estudioso; cuando Iáñez afirma que «Gerardo Diego no fue de los mejores poetas» quizá choque con la opinión de algunos lectores que pensamos que sí lo fue.

Más adelante subraya también: «el panorama de la poesía inglesa de nuestro siglo decepciona cuando se lo compara con el de la lírica decimonónica». Ante voces como las de Eliot, Auden o Spender no utilizaría la palabra «decepciona».

Por último cabe señalar que hay pocas citas originales de autores. La obra no permite introducir fragmentos literarios, pero tal vez podrían haberse citado más versos, sentencias y aforismos propios de los escritores estudiados.

Itziar Cemboráin

LOSADA GOYA, José Manuel, *Tristán y su ángel. Diez ensayos de literatura comparada*, Kassel, Reichenberger, 1995, 188 pp.

La literatura comparada es, como mínimo, atractiva. Cuando además se adoba con suficiente erudición y amplitud de miras, resulta de lectura muy provechosa para quien está acostumbrado a trabajar dentro de los márgenes territoriales que le impone su filología particular.

Este libro trata una diversidad de temas que revelan al mismo tiempo el cultivo de algunas constantes de crucial importancia (la creación poética, el mito del ángel caído). Una ojeada a los títulos del índice confirma enseguida esta aseveración: «Tristán y su ángel», «Acerca de algunas Citeareas desconocidas», «Nuevos estudios sobre el honor» (1. «Honor, raza y religión. La limpieza de sangre en el siglo XVII español» y 2. «Contribución al estudio de Cervantes en Francia: *La Force du Sang* de Alexandre Hardy»), «Caída y redención en *La Nouvelle Héloïse* de Jean-Jacques Rousseau», «Victor Hugo o el más sublime de los grotescos: la recepción de su teoría en España», «La recepción francesa del ángel

caído en la época romántica», «Proust y la afectividad de la persona: *Le Côté des Guermantes*», «La soledad del poeta: del *Beatus Ille* a la *Melancholia*», «El drama de la impotencia creadora».

Es obvio que el comparatismo no se ciñe al mero cotejo paralelístico de textos. Otros cauces de la labor, como el estudio de los temas o el de las recepciones, se han dado cita aquí, aunque por su misma variedad resulta prácticamente imposible exponerlos con el detenimiento requerido. Algunos trabajos exploran regiones casi ignotas dentro de la tradición crítica hispánica. El examen del tema de Citerea es enormemente sugestivo, tanto por la comprobación de su esporádica presencia como de sus clamorosas ausencias. Como indicación para posibles lecturas posteriores, permítaseme comentar que cabría tocar la reaparición de Citerea en la poesía de Jaime Gil de Biedma y también en la de algunos postnovísimos. Este tímido interés «citereico» tal vez sea relacionable con el vuelco neopagano implantado en la cultura española de las últimas décadas.

Capítulos muy seductores son los que se enfrentan a la situación del poeta en la Modernidad. Así, el repaso a la recepción del mito del ángel caído en Francia, a través de Swedenborg y algunos románticos alemanes e ingleses, llega a interesantes conclusiones sobre la idiosincrasia cultural francesa frente a los desarrollos en países protestantes: «Los franceses prefieren el ángel rebelde, maldito, eso sí, pero eterno insatisfecho que inspira compasión. Todo ello porque Francia tiene en esta época —aunque ciertamente diluida— una herencia católica de la que no puede desembarazarse» (138). Otras cuestiones notables, tales como el problema de la soledad del poeta, sirven para establecer una aguda y nada ingenua comparación entre fray Luis de León y los modernos.

El crítico no teme mostrar públicamente su adhesión estética a ciertos autores o textos. Seguramente hace bien. Se aleja así de una práctica, demasiado extendida hoy entre la crítica académica, que se inhibe de hacer comentarios personales. ¿Es que habremos de renunciar para siempre a considerar el estudio de la literatura como un acercamiento a la degustación literaria? Sin embargo a veces el texto se carga de un estilo demasiado «efusivo» en sus apreciaciones. Así, casi nadie hoy día llamaría, creo yo, «genial romántico» (137, n. 98) a Espronceda, por mucho que reconozcamos su valor histórico y su aportación al Romanticismo español. Por otro lado, no puedo dejar de echar en falta un desarrollo teórico más vigoroso en algún capítulo. Es el caso del dedicado a «Victor Hugo o el

más sublime de los grotescos: la recepción de su teoría en España». La importancia del «Prefacio» de *Cromwell* en la formación de la sensibilidad de Alcalá Galiano, Espronceda o el Duque de Rivas, es el asunto de este trabajo que, aparte de sus muchos aciertos, se resiente de una escasa sistematización del mismo concepto de Grotesco. Se barajan muy diversos ejemplos, algunos de los cuales serían de discutible atribución grotesca. La simple convivencia de los sublime y lo feo puede producir efectos bizarras, pero no en todos los casos. De hecho se afirma, siguiendo al propio Alcalá Galiano, que esta dualidad «produce una gran sensación de realidad» (93). ¿De qué realidad? De una realidad entendida al modo romántico (se supone), pero no en todo caso con el uso habitual que damos a la palabra. Es dudoso, como mínimo, que la realidad cotidiana sea necesariamente grotesca. El clásico estudio de Kayser, más ceñido a lo grotesco romántico que a cualquier otro, hubiera servido de gran ayuda para precisar los límites conceptuales del término.

Tal vez porque no está muy extendido todavía el ejercicio de la literatura comparada en nuestro país, el libro de Losada será de especial utilidad para aquellos que vayan abriendo caminos. Servirá también a aquellos que no quieran esconderse en una comprensión empujada de la literatura castellana, para aquellos que quieran conocer más sobre la presencia de Cervantes en Francia o la huella de Víctor Hugo en nuestro Romanticismo. Pero sobre todo será una obra de reflexión sobre problemas tan importantes como los tratados en los últimos capítulos.

Javier de Navascués  
Universidad de Navarra

MARTÍN GAITE, Carmen, *Esperando el porvenir*, Madrid, Siruela, 1994, 158 pp.

Durante el verano de 1953, Antonio Rodríguez Moñino fundó una publicación de efímera vida llamada *Revista Española*, en la que colaboraron de modo especial un grupo de jóvenes narradores prometedores, que serían más tarde conocidos por la crítica literaria como «la generación de los 50», y entre los que destacaba Ignacio Aldecoa. En noviembre de 1994, vigesimoquinto aniversario de la muerte de éste, su amiga y compañera generacional, Carmen Martín Gaité, pronunció un ciclo de cuatro conferencias en la